



Antonio Gil de Zárate

El empleado

Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy;
que ayer maravillosa fui,
y hoy sombra mía no soy.

Con efecto, ¿a quién con más razón que al empleado español puede aplicarse tan sabida y manoseada copla? ¿Dónde se encontrará un dechado más perfecto de las mudanzas humanas? El zapatero hace ahora zapatos como antaño, y como antaño los cobra, excepto de los tramposos, que son de todas las épocas. El propietario percibe los alquileres de sus fincas, aunque ande a pleito con inquilinos renitentes, plaga muy anterior a las reformas modernas. El cura, si ha perdido el diezmo, tiene esperanza en la caridad de los fieles, mientras el empleado, ni aguarda caridad, ni conoce fieles en el mundo. En ninguna clase, en fin, ha impreso la revolución tan profundamente su sello; él es la revolución personificada.

«Aprended, flores, de mí», puede, en verdad, decir el empleado; porque el empleado es ahora flor de efímera existencia, que nace por la mañana y por la tarde ha desaparecido, cuando antes no viene a troncharla inesperado huracán en su mayor lozanía. Antes, ¡ay!, no era flor, sino una

cosa a manera de ostra, tenazmente agarrada a la roca de su destillo; ostra que, en un mar siempre bonancible, allí vivía, allí engordaba, sin más movimiento que el de abrir sus conchas para recibir los rayos de su sol querido, es decir, las mesadas que en su periódico curso volvían con tanta regularidad como el astro del día en el suyo. ¡Aquel sí que era régimen perfecto y sabiamente combinado. Aquella sí que se podía llamar constitución verdad, y no ahora que sólo predomina el régimen dietético, el cual, destruyendo la constitución física del empleado, no le enseña más verdad que una: ¡que su sueldo es una mentira! ¡Tiempos felices de Carlos III y de su hijo! Vosotros fuisteis la edad dorada de los empleados. Ahora no nos hallamos siquiera en la edad de hierro sino en la de barro, fiel emblema de la fragilidad de los empleos.

El empleado de antaño, seguro de su inamovilidad, vivía feliz, tendiéndose a la bartola: el de hogaño, expuesto a mil vaivenes, no conoce lo que es paz ni contento. Aquel ostentaba en su rostro una serenidad inalterable; este es la vera-efigies del susto y de la zozobra. El primero era más cachazudo; el segundo es más activo. En el uno había mayor inteligencia de los negocios; el otro vence en travesura. Ambos a dos podrían correr parejas en cuanto a instrucción y conocimientos; pero, al menos, el antiguo sabía el camino de su oficina, en vez de que el moderno suele ignorarlo, bien que tampoco necesita saberlo.

Resultan, pues, dos tipos distintos de empleados en España: el antiguo, que es el primordial, el genuino; el moderno, que es el tipo reformado. Hablando con propiedad, sólo el antiguo es el verdadero tipo, porque el personaje a que se refiere es el único que tenía ocupaciones constantes, ideas fijas, costumbres inalterables, circunstancias necesarias para formar un tipo; el moderno es un camaleón que no se sabe por dónde cogerle, tanto varía de forma y colores.

El tipo antiguo va desapareciendo: únicamente se encuentra alguno en la inmensa masa de cesantes; el moderno puebla toda España, y al paso que vamos no habrá en breve un ciudadano que no pueda decir, como aquel célebre artista: «Anch'io sono pittore.» Sin embargo, a pesar de la abundancia de este y de la escasez de aquel, necesitamos principiar por el empleado de antaño, porque, como ya hemos dicho, es el verdadero tipo; el otro no es más que una variedad debida a las circunstancias.

Aunque el ser empleado no era en España antiguamente privilegio exclusivo de ninguna clase, una práctica constante hacía que, por lo general, el empleado naciese del empleado. Apenas el hijo de un oficinista había salido de la escuela, cuando, teniendo a lo sumo doce años, se le colocaba de meritorio al lado de su padre. Allí se soltaba en la letra, se perfeccionaba en las cuentas y aprendía lentamente las prácticas burocráticas. Al cabo de seis o más años había por fin una vacante, y entraba el neófito de escribiente de número con sus trescientos ducados de sueldo, habiendo aquel día arroz y gallo muerto en la casa paterna, refresco en la botillería de Canosa y palco segundo en el coliseo para ver la comedia de magia. Cate usted a nuestro muñeco hecho todo un hombre: ya estaba encarrilado; ya no tenía más que dorrnirse sobre su cartapacio, dejarse llevar suavemente y entregarse al dulce y pausado movimiento que año tras otro le hacía recorrer todos los grados de la escala hasta llegar a escribiente primero; desde allí daba en otro empujón el suspirado salto

a la categoría de oficial, y ya entonces, si antes no había hecho una calaverada, teniendo treinta años, con dieciséis de buenos servicios, y en atención a que pagaba el descuento para el Montepío, elegía esposa entre las hijas de los oficiales primeros, con lo cual ponía un nuevo clavo a la rueda de su fortuna, y tomaba puesto entre los padres graves de la comunidad. El horizonte de sus deseos no se extendía más allá del círculo de su oficina; aspiraba únicamente, si Dios le daba vida, al puesto de oficial mayor; y cuando al cabo de años le alcanzaba, cubierto de canas, con la dignidad de secretario del Rey, y tal vez la cruz de Carlos III, tenía por un personaje en la sociedad, viéndose acatado por todas partes, honrado en las tertulias, funciones públicas y actos del Gobierno, y optando en cualquier ocasión a todas las preeminencias de su distinguida categoría.

Excusado es decir que en estas transformaciones había ido tomando el empleado la fisonomía correspondiente a la situación que ocupaba. Al muchacho motilón que salía de la escuela para ir a copiar oficios al lado de su padre, se le arreglaba una casaca vieja de éste, dejándosela bien larga para que fuese crecedera; su madre le peinaba cuidadosamente, recogióndole el pelo en coleta, pero sin polvos todavía; y con su ancho sombrero de tres picos, sus calzones cortos, su chupa que no llegaba a los calzones, dejando ver algo de la camisa, sus calcetas arrugadas y sus zapatos de cabra sin hebillas, iba hecho un hombrecito, encantando a toda la oficina con su aire candoroso y su docilidad. Cuando entraba en la adolescencia, y a esto se añadía un sueldecillo de cuatro reales diarios, ya se vestía con ropa nueva; pero si no le arrastraban los faldones de la casaca, solían, por el contrario, hacerse cortos y las mangas harto estrechas porque la escasez de los fondos, menguados todavía con las sisas paternas, no permitía renovar con la necesaria frecuencia las prendas del vestuario. Pero una vez nombrado escribiente de número, y adquirida de este modo la investidura de verdadero empleado, ya era preciso presentarse con los requisitos de tal, y desde entonces, procurando imitar a los petimetres de la época, se colgaba el espadín, se clavaba sus hebillas, añadía chorrera a la camisa, vuelos a los puños, y lucía su brillante botonadura de acero sobre el rico paño de Guadalajara; este equipaje, sin embargo, no llegaba a su complemento sino cuando era ya oficial; y andando el tiempo, tomada posesión de los grados altos, se usaba la vicuña, el terciopelo rizado, el encaje en vuelos y chorrera, y la ancha bolsa en el peluquín muy empolvado. Así, al aspecto exterior de un oficinista podía decirse desde luego sin más información el puesto que ocupaba, y las madres calculaban si había llegado ya el punto en que era un novio conveniente para la niña.

Pero veamos a este tipo primordial de nuestros empleados en las dos situaciones de su monótona vida: en la oficina y en el interior doméstico.

El empleado antiguo era más matinal que el moderno. A las nueve ya estaba andando para su oficina; llegaba, abría la papelera con calma, aquella papelera modelo donde todo estaba colocado en un orden admirable, ostentando los legajos su perfecta simetría, sin que ningún pliego se atreviese a interrumpir la recta alineación con sus hermanos, comprimidos todos en amarillentas carpetas mediante el encarnado balduque artísticamente enlazado, y a la vista el correspondiente rótulo en hermosa

letra bastarda. Sacados que eran los papeles, colocados cada cual en el lugar oportuno, cortadas las plumas y dispuesto el tinglado de forma que anunciase la presencia del dueño, echada una ojeada a la Gaceta, que, por fortuna, era corta y no diaria, principiábanse los trabajos por la indispensable tarea del cigarro. El cigarro en las oficinas sirve para dos cosas: para dejar de trabajar y para armar conversación. Formábase, pues, el corro; y como entonces la política no preocupaba los ánimos, se hablaba de la última corrida, de la caída de Costillares, de la estocada de Pedro Romero, o bien del admirable paso del puñal hecho por la Rita Luna en La esclava del Negroponto. No faltaba algún gastrónomo que daba noticia de dónde se vendían los mejores jamones de Candelario, o a qué punto habían llegado los más frescos besugos; y en tan sabrosa conversación daban las once, hora en que se tomaba el refrigerio (que de la puntualidad con que entonces se servía ha conservado este nombre). Reconfortado el estómago, hallábase por fin un hombre «en disposición de entregarse al trabajo, y de emprender la lectura de un expediente, formar un extracto o redactar algún informe, hecho todo con pausa, circunspección y esmero. En aquellas caras no se veía la agitación del que anhela despachar pronto, ni la contracción del pensador profundo, ni la animación del que engendra en su cabeza un pensamiento grande; todo era serenidad, cachaza, imperturbabilidad, como quien trabaja por rutina, siguiendo el camino trillado, y sin dársele un pito de acabar hoy o mañana. En esto daba la una; de repente las plumas todas se paraban donde las hallaba la campanada; echábanse polvos, se recogía, oyéndose un ruido de papeleras a manera de fuego graneado, y tomando cada cual capa y sombrero, con un «hasta mañana, caballeros» se despedía la gente. ¡Oh vida feliz aquella! ¡A la una cesaba el trabajo!... ¡Cuánto han variado los tiempos! ¿Qué dirían aquellos benditos y patriarcales oficinistas si alzasen ahora la cabeza y viesan a sus sucesores salir a las cinco de la tarde? ¿Y qué si hubiesen alcanzado la diabólica invención de volver a la oficina por las noches? Pero no os asustéis, venerables sombras de la antigua burocracia española: no es tan fiero el león como le pintan. Si ahora salimos a las cinco, también vamos a las dos, o no vamos que es lo más fijo; si ahora volvemos por las noches, el daño es para las pobres luces, que arden sin duda para las ánimas. Hoy día hay largos y eternos periódicos, novelas de Jorge Sand, discusiones políticas; todo esto ocupa y hace pasar agradablemente las eternas horas, cuando uno es tan concienzudo que sacrifica el teatro o el liceo a la material presencia en la oficina.

A la una, pues, volvía el empleado a su hogar; desaparecía el hombre público, y hasta las nueve del día siguiente, si no era domingo, fiesta de guardar o día feriado, es decir, la mitad del año, quedaba reducido a caballero particular, tan dueño de su persona como el más ocioso mayorazgo. Comía con calma, echábase a dormir la siesta, salía a dar un paseo, volvía al anochecer a tomar su chocolate o le tomaba en casa ajena, iba a su tertulia, y a las diez ya estaba recogido para entregarse al sueño después de una parca cena. Ese sueño no era turbado por visiones horribles de revolución y trastorno; la idea de su destitución no le atormentaba; hallábase aún por inventar la palabra cesante, torcedor continuo del empleado moderno, y si acaso se trasladaba su imaginación al porvenir, era solo para contar los años o enumerar los achaques de los que

le precedían en la escala, extendiéndose todo su encono a desear que los jubilasen.

Si el sueldo no era grande, pagábase, al menos, puntualmente, y había gajes, regalos y obenciones; no hablemos de manos puercas; éstas son de todos tiempos. La casa del empleado era por Navidad una colmena. ¿Qué pretendiente no hacía su obsequio al oficial de la mesa? ¿Qué agente no mandaba a los jefes un mozo cargado con frutas de la época? ¿Qué intendente, qué cabildo, qué Ayuntamiento dejaba de cumplir con los covachuelistas influyentes? ¡Oh, España era entonces un país de Jauja para los empleados! Ahora han desaparecido los regalos, aunque suelen subsistir en las cuentas de los agentes, y es, en verdad, calamitosa la poca generosidad de los que solicitan.

Aún había más. Pocos empleados eran los que no acumulaban a su empleo una administración de fincas, otro destino en casa de algún grande, o que, por lo menos, no aumentasen su escaso peculio con los productos de copias, arreglo de papeles o liquidaciones de cuentas, y si a esta nueva ocupación querían añadir la respetabilidad, se hacían nombrar síndicos o de alguna cofradía, cuyo pendón llevaban en la procesión del Corpus, o bien pedían en las calles para el pecado mortal, entonando con voz sonora sus agudas saetillas.

¿Y qué diremos del alto empleado del oficial de covachuela? ¿Le pintaremos con su uniforme, yendo tarde a la secretaría, no para trabajar, sino para presentarse al ministro y despachar con él, no ensuciándose nunca los dedos con la tinta de su escribanía de plata ni con el polvo de su papelera forrada de tafilete, teniendo un escribiente que le hacía el trabajo, respondiendo al humilde pretendiente con desdeñosos monosílabos, citando a su casa al agente de Indias que se insinuaba cual conviene, y corriendo en seguida a hacer su corte al ídolo de la época, de quien esperaba conseguir una plaza de camarista o ser nombrado asistente de Sevilla? Pero el espacio nos falta para tanto, y tenemos que venir a los tiempos modernos, tiempos calamitosos en que los españoles hubieran renunciado a la empleomanía sin los gratos antecedentes que ha dejado, y si no fuese una plaga incurable en esta patria favorecida del cielo.

No sé si el hambre habrá dejado todavía vivo a algún empleado del tiempo de Carlos IV. Si este fenómeno existe, él podrá decir las revoluciones que su clase ha padecido desde entonces, y cómo ha variado hasta el aspecto exterior del oficinista, que tampoco el oficinista está libre del imperio de la moda, aunque, por motivos independientes de su voluntad, suele seguirla de lejos. Este venerable y escuálido resto de la antigua burocracia diría cómo se apartó del costado el espadín, reemplazado hoy con el sable de miliciano; cómo se abandonaron las casacas redondas para sustituirlas con el frac y la levita; cómo el calzón corto, que resistió más tiempo, se alargó, en fin, hasta caer en pantalón sobre el tobillo, y cómo perecieron los peluquines, cayeron las coletas, y las calvas se cubrieron trayéndose hacia adelante el pelo de atrás que ondeaba a veces en guisa de penacho, a pesar del artístico batido. Tal ha sido, en fin, la revolución, que hoy ya se ven empleados con trabillas, guantes amarillos, cabello largo y rizado... y hasta con barbas: con barbas, sí, que hubieran horrorizado a sus antecesores y fueran suficientes a ocasionar su destitución en un tiempo en que esta ominosa palabra sólo se encontraba

por lujo en el diccionario de la lengua castellana.

Pero, ¿qué ha de suceder, si todo ha variado a tal punto, que una oficina, símbolo antes de la paz y suavidad de costumbres, ofrece ahora el aspecto de un cuartel lleno de uniformes, armas e insignias militares; si en vez de las palabras expediente, legajo, extracto, minuta, orden, sólo se oyen las de batallón, compañía, fusil, guardia, formación y ejercicio; si a la palabra señor mayor han sustituido los subalternos las de mi capitán, mi comandante? ¿Nos hemos vuelto todos guerreros? Sí; porque los destinos no se consiguen ahora por escala, ni a fuerza de años de servicios, como antiguamente, sino que se asaltan, se ganan en buena o mala lid y se quitan al que los tiene para colocarse uno en ellos. Este es un nuevo método que hemos inventado, mucho más expedito y cómodo, porque en estos tiempos de máquinas de vapor queremos también carreras al vapor que en un periquete nos alcen a los cuernos de la luna.

Con efecto, ya no existe el meritorio, aquel tiempo tierno y cándido novicio que, con la leche en los labios, iba a aprender el oficio al lado de su padre. ¿Dónde hay paciencia ahora para esperar seis u ocho años hasta obtener una miserable plaza de escribiente? La táctica es otra. ¿Se halla usted sin oficio ni beneficio? ¿Aspira a una placita en rentas o en un Gobierno político? ¿No es usted, en fin, más que un pretendiente de escalera abajo? Pues se mete usted miliciano, alborota y chilla en su compañía, se hace nombrar sargento, la echa de patriota, arma alguna bullanga, se luce en un pronunciamiento, y mal ha de andar la cosa para que al fin no se calce (esta es voz nuevamente inventada para significar que se ha alcanzado un destino). ¿Tiene usted más ambición? ¿Apetece una intendencia, una jefatura política, una magistratura, un Ministerio? ¡Oh! Entonces, según la categoría del destino, adelanta usted más en la milicia, se hace capitán o comandante, se cuele en un Ayuntamiento, se ingiere en una Diputación provincial, se arroja a la tribuna parlamentaria, o bien se constituye miembro de alguna junta revolucionaria, y ya no necesita más; por poco que se mueva, que charle, que farolee, o que, según convenga, haga la oposición o apoye al Ministerio, no hay falencia: a los dos meses, cate usted a Periquito hecho fraile; y el que no ha mucho era paseante en corte manda a toda una provincia, dirige un vasto ramo de la administración; en una palabra, tiene cuarenta o cincuenta mil reales de sueldo, que es el problema que había de resolver.

Pero, ¡oh vanidad de las vanidades humanas! Apenas se ha llegado al suspirado término, apenas se ha satisfecho la ambición o se ha matado al hambre que mataba, cuando se entra en un mar tempestuoso, en un piélago de inquietudes, en fin, en una vida de perros. Y no porque abrume el trabajo: gracias a Dios, esto es lo que da menos cuidado, lo que menos ocupa; pero el monstruo de la cesantía se le pone a uno delante con faz torva y desabrida, le sigue a todas partes, le acosa en los paseos, envenena las comidas, altera el sueño, y haría caer la pluma de las manos, si alguna vez la pluma se cogiese. Ved al empleado sentado en su silla, delante de su papelera, no aquella papelera antigua, modelo de orden y simetría, sino revuelta, desarreglada, confusa, símbolo de la época y del alma de su dueño: ved, decimos, al empleado, inmóvil, aunque la procesión anda por dentro, pálido, mirar sombrío, meditabundo. Cualquiera dirá que piensa en

los negocios que le están encomendados, que se hilvana los sesos por despacharlos con acierto; nada de eso: piensa en su destino, en el tiempo que le tiene, en el tiempo que le durará, en los medios de conservarle. Calcula, lee los papeles que tiene delante, que no son expedientes, sino periódicos; repasa los sucesos del día, procura adivinar los de la mañana; desearía tener al lado una sibila (si es que sabe lo que es una sibila) que le descorriese el velo del porvenir; se afana por averiguar de qué lado ha de soplar el viento. ¿Triunfará la oposición? ¿Vencerá el Ministerio? ¿Habrá mudanza, crisis? ¿Conviene ser todavía fiel, o es tiempo ya de virar de bordo y pasarse a los contrarios? Dispuestos estamos a una defección; pero ¿ha llegado la hora de la defección? ¡Terrible problema! ¿Quién le resolverá? Se levanta; va a charlar por lo bajo con otro camarada que se halla en la misma disposición de ánimo.

-¿Qué hay?

-Hombre, esto se pone de mala data.

-¿Habrá mudanza?

-Peor.

-¿Pues qué?

-Pronunciamiento.

-¿Qué dice usted?

-Está reunido el consejo: la sesión de mañana será borrascosa.

-¿Qué haremos?

-Estemos a ver venir.

-¡Válgame Dios! ¡Qué situación!

-No, pues yo... esto de quedarme apeado...

-Deje usted. Conozco... Sobre todo, ¿no es usted de aquello?

-Sí; pero hace tiempo que no he asistido.

-¿Quién diablos deja eso? Esta noche es preciso que usted venga.

-Sin falta, sí; veremos de qué se trata; allí se sabrá algo, se tomará un partido.

-Cualquiera, con tal de tenernos firmes.

-Yo por mí no me importa que me quiten de aquí... como me lleven a otra parte mejor.

-¡Toma! Entonces no tenemos caso.

Dicho esto, se amontonan los papeles, se arrojan barajados dentro de la taquilla, se cierra, se toma sombrero y bastón, se lanza uno a la calle, se va a la Puerta de Sol, luego por la tarde al café, se charla, se patriotiza; llega la noche, se acude a aquella parte, los cofrades echan cuatro arengas, se alborota el cotarro, se toma una resolución enérgica, y cada uno sale a ocupar el puesto que le ha sido señalado. Hay bullanga: se grita a favor del que vence, se brama contra el vencido, se aprovecha la ocasión, y si es posible, se sube un escaloncito.

¡Vida de tribulaciones y amarguras! ¡Y si a todo esto se comiese! Pero las pagas van atrasadas: nos deben ya treinta meses; el tesoro está exhausto; no se habla siquiera de una nueva distribución; el ministro de Hacienda es un hombre sin entrañas. El ciudadano empleado va a su casa, y encuentra que aquel día no se ha encendido lumbre, y que el casero ha estado por la mañana a reclamarlos alquileres de seis meses, y que el sastre apura para el pago de la única levita que tiene. ¡Pagar la levita cuando ya está raída, cuando los ojales se niegan al servicio, servicio

necesario para ocultar el mal estado de la camisa! ¡Y para esto ha de haber andado en seis pronunciamientos! ¡Y esto se saca de haber mudado otras tantas veces de partido! ¡Más le valiera haberse quedado en la antigua oscuridad!

Pero, ¿qué es esto? ¡Han pasado sólo seis meses, y al mismo hombre, tan tronado antes, le veo ahora hecho un milord, vestido con la mayor elegancia, habitando una casa magníficamente alhajada, teniendo en su bombé al que no ha mucho se paseaba con él, oyéndole el triste relato de sus miserias! ¿Cómo se ha verificado tan extraña mudanza? ¿Ha heredado? ¿Ha contraído el Estado algún empréstito y paga ya corriente? No, señor; no se le ha muerto ningún pariente millonario; la nación está cada día más pobre y más atrasada. Pues, ¿qué milagro es este? Recóndito misterio que no nos incumbe profundizar; bástenos dejar consignado como única cosa que hace a nuestro propósito, que el empleado de hogaño está destinado, o bien a pasar miserias y penalidades, o bien a escandalizar con su repentina fortuna. Sobre todo, aconsejaremos, y no diremos por qué, a los que quieran ser empleados de provecho, que dejen la Corte y se vayan a una provincia. Lo que hay que ser es empleado de provincia, y si es posible, en alguna aduana. No deslumbre el oropel de la Corte, que sólo procura indignancia; en la provincia se halla lo positivo, y seis reales de sueldo en ella dan más de sí que sesenta mil en el Tribunal Supremo de Justicia.

Diré más: aun ese oropel que antes existía, y que satisfacía la vanidad, ha desaparecido. Y si no, trasladaos a una audiencia. Antes salía el oficial de la mesa a darla muy finchado, con uniforme bordado de oro, la mano derecha metida en el pecho y el brazo izquierdo apoyado en la espalda. Su mirar erguido se dignaba apenas caer sobre el trémulo pretendiente que se acercaba con el sombrero en la mano, inclinándose hasta el suelo y atreviéndose apenas a preguntar con voz desmayada acerca del estado de su expediente. Ahora ha variado. la posición: el oficial parece ser el pretendiente, y éste el que da la audiencia. Aquél, vestido con sencillez, toma una actitud humilde a fuerza de querer mostrarse amable; él es el que se encorva, mientras el otro se yergue; la sonrisa afectada del empleado contrasta con el ceño adusto del solicitante; su voz meliflua apenas se oye apagada por el eco imperioso de la del peticionario que, vestido de miliciano, con enormes barbas, retorcido bigote y facha de patriota crudo, se olvida tal vez de quitarse el chacó y acaricia con áspera mano, en aire de amenaza, el puño de su sable.

Pero lo que hay que ver es una secretaría del despacho en día que se muda el ministro. ¡Qué semblantes tan largos y macilentos! ¡Qué miradas tan inquietas! ¡Qué afán, qué desasosiego! Las mesas están abandonadas, los expedientes amontonados sin despachar; en todas las piezas, corros y conversaciones misteriosas. ¡Qué ir y venir! ¡Qué informarse! ¡Qué hablar de las cualidades y de los antecedentes favorables o contrarios del nuevo jefe! De repente, viene un portero: «Señores, que se sirvan usías pasar a la subsecretaría.» Este es el momento de la presentación; todos acuden cabizbajos, se reúnen, y con el subsecretario al frente, pasan al despacho de S. E., colocándose en círculo y observando con inquietud el semblante del árbitro de sus destinos, con el fin de adivinar en sus ojos la suerte que les espera. Pero el taimado, con una sonrisita nacida, más bien que de afabilidad, del contento de su reciente elevación, los desorienta y los

recibe afectuoso, maravillándose tal vez de la numerosa grey que tiene a sus órdenes, y habiendo ministro que en semejante ocasión ha exclamado con estúpida candidez: «¡Oh!, ¡oh!, parece esto una comunidad!» Oye el balbuciente cumplido que le dirige el subsecretario en nombre de sus subordinados, y en seguida responde que se ha visto precisado a aceptar aquel puesto, que se sacrifica al bien público, y que sólo la cooperación, las luces de los que están presentes podrán sacarle airoso del arduo empeño y ayudarle a llevar la pesada carga que han arrojado sobre sus débiles hombros. «Espero -dice (son palabras históricas) que con los brazos unísonos me ayudarán ustedes a tirar del carro.» En seguida le hacen todos una profunda cortesía, y la comunidad se larga silenciosa por la puerta, quedando el ministro ocupado en nombrar a otros para tirar del carro, y los oficiales haciendo comentarios sobre la entrevista, hasta que reciben la orden de irse con la música a otra parte.

¡Irse con la música a otra parte! ¡Caer en el inmenso panteón de los cesantes! Triste suerte; pero suerte infalible de todo empleado moderno. El empleo no es más que un pasadizo que lleva desde la nada a la cesantía, es decir, a otra nada peor que la anterior, por estar llena de recuerdos y de esperanzas burladas; burladas, digo, pero no perdidas, porque el cesante siempre espera. Puesta la vista en el destino que ha dejado, aguarda una nueva revolución que le reintegre en su prístino resplendor, para perderle de nuevo y recobrarle otra vez y otras veinte en el espacio de pocos años. Como los arcaduces de una noria, los empleados actuales suben y bajan alternativamente, y se sumergen, y vuelven a aparecer, y están llenos unas veces, y otras vacíos, y nunca quietos, porque la rueda a que van atados los arrastra en su incesante movimiento; y como los mismos arcaduces, sólo sirven todos para agotar el manantial por donde pasan, es decir, la nación, a la cual, ya en activo servicio, ya cesantes, arruinan y sirven poco. Agentes, más bien que del Gobierno, de la revolución, ellos y los aspirantes a serlo son los que alimentan nuestras revueltas y nos tienen en perpetua alarma. Antiguamente, al menos, si trabajaban poco, hacían mucho más y no eran tantos; y sobre todo, pacíficos y morigerados, servían con fidelidad y no armaban trastornos. Ahora... Pero basta, basta; ya es tiempo de acabar, que harto he dicho y harto he murmurado de mis carísimos compañeros; pues, por si lo ignora el benévolo lector, yo también he sido tres o cuatro veces empleado y cesante, y soy esto último ahora, y mientras escribo este artículo, estoy pensando en cuándo volveré a las ollas de Egipto, aguardando, como tantos, que haya una nueva revolución o que suba al Ministerio un amigo que bien me quiera. Por desgracia del país, lo primero es más fácil que lo segundo.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

